

ILDEFONSO FALCONES

Autor de *LA CATEDRAL DEL MAR*



LA REINA DESCALZA





LA REINA DESCALZA

ILDEFONSO
FALCONES



Vintage Español
Una división de Random House, Inc.
Nueva York

Y ser flamenco es cosa:

*es tener otra carne
alma, pasiones, piel, instintos y deseos;
es otro ver el mundo,
con el sentido grande;
el sino de la conciencia,
la música en los nervios,
fiereza independiente,
alegría con lágrimas,
y la pena, la vida y
el amor ensombreciendo;
odiar lo rutinario,
el método que castra;
embeberse en el cante,
en el vino y los besos;
convertir en un arte sutil,
y de capricho y libertad, la vida;
sin aceptar el hierro de la mediocridad;
poner todo a un envite;
saborearse, darse, sentirse,
¡vivir!*

TOMÁS BORRÁS,
«Elegía del cantaor»



MAGNÍFICA
DIOSA

Puerto de Cádiz
7 de enero de 174

En el momento en que iba a poner pie en el muelle de Cádiz, Caridad dudó. Se encontraba justo al final de la pasarela de la falúa que los había desembarcado de *La Reina*, el navío de la armada con los caudales que había acompañado a los seis mercantes de registro con preciadas mercaderías del otro lado del océano. La mujer alzó la vista al sol de invierno que iluminaba el bullicio y el ajetreo que vivía en el puerto: uno de los mercantes que habían navegado con ellos desde La Habana estaba siendo descargado. El sol se coló por las rendijas de su raído sombrero de paja y la deslumbró. El escándalo la sobresaltó y se encogió asustada, como si los gritos fueran contra ella.

—¡No te detengas ahí, morena! —le espetó el marinero que la seguía al tiempo que la adelantaba sin contemplaciones.

Caridad trastabilló y estuvo a punto de caer al agua. Otro hombre que iba tras ella hizo amago de adelantarla, pero entonces la mujer saltó con torpeza al muelle, se apartó y volvió a detenerse mientras parte de la marinería continuaba desembarcando entre risas, chanzas y todo tipo de apuestas procaces acerca de cuál sería la hembra que les haría olvidar la larga travesía oceánica.

—¡Disfruta de tu libertad, negra! —gritó otro hombre cuando pasó junto a ella, al tiempo que permitía propinarle un sordo cachete en las nalgas.

Algunos de sus compañeros rieron. Caridad ni siquiera se movió, tenía la mirada fija en la larga sucia coleta que, bailando en la espalda del marinero y rozando su camisa harapienta al ritmo de su caminar inestable, se alejaba en dirección a la puerta de Mar.

«¿Libre?», alcanzó a preguntarse entonces. ¿Qué libertad? Observó más allá del muelle, por las murallas, donde la puerta de Mar daba acceso a la ciudad: gran parte de los más de quinientos hombres que componían la dotación de *La Reina* se iban apelotonando frente a la entrada, donde un ejército de funcionarios —alcaldes, cabos e interventores— los registraban en busca de mercancías prohibidas y los interrogaban acerca de la derrota de las naves, por si alguna de ellas se había separado del convoy y de su ruta para contrabandear y burlar a la hacienda real. Los hombres esperaban impacientes a que se cumpliesen los trámites rutinarios; los más alejados de los funcionarios amparados en el gentío, exigían a gritos que los dejaran pasar, pero los inspectores no cedían. L

Reina, majestuosamente fondeada en el caño del Trocadero, había transportado en sus bodegas más de dos millones de pesos y casi otros tantos en marcos de plata labrada, otro más de los tesoros de India además de a Caridad y a don José, su amo.

¡Maldito don José! Caridad lo había cuidado durante la travesía. «Peste de las naos», dijeron que tenía. «Morirá», aseguraron también. Y en verdad llegó su hora tras una lenta agonía a lo largo de la cual su cuerpo se fue consumiendo día a día entre tremendas hinchazones, calenturas y hemorragias. Durante un mes amo y esclava permanecieron encerrados en un pequeño y viciado camarote con una sola hamaca, a popa, que don José, tras pagar sus buenos dineros, consiguió que el capitán les construyese con tablones, robando espacio al que era de uso común de los oficiales. «Eleggua, haz que tu alma no descanse jamás, que vague errante», había deseado Caridad percibiendo en el reducido espacio la poderosa presencia del Ser Supremo, el Dios que rige el destino de los hombres. Y como el amo la hubiese escuchado, le suplicó compasión con sus escalofriantes ojos biliosos al tiempo que extendía la mano en busca del calor de la vida que sabía se le escapaba. Sola con él en el camarote Caridad le negó ese consuelo. ¿Acaso no había extendido también ella la mano cuando la separaron de su pequeño Marcelo? ¿Y qué había hecho entonces el amo? Ordenar al capataz de la vega que se sujetase y gritar al esclavo negro que se llevase al pequeño.

—¡Y hazle callar! —añadió en la explanada frente a la casa grande, donde los esclavos se habían reunido para saber quién sería su nuevo amo y qué suerte les aguardaba a partir de entonces—. No soporto...

Don José calló de repente. El asombro de los esclavos era evidente en sus rostros. Caridad había logrado zafarse del capataz con un inconsciente manotazo e hizo ademán de correr hacia su hijo, pero enseguida se dio cuenta de su imprudencia y se detuvo. Durante unos instantes solo se escucharon los agudos y desesperados chillidos de Marcelo.

—¿Quiere que la azote, don José? —preguntó el capataz mientras volvía a agarrar a Caridad de un brazo.

—No —decidió este tras pensarlo—. No quiero llevármela estropeada a España.

Y aquel negro grande, Cecilio se llamaba, la soltó y arrastró al niño hacia el bohío tras un severo gesto del capataz. Caridad cayó de rodillas y su llanto se mezcló con el del niño. Esa fue la última vez que vio a su hijo. No la dejaron despedirse de él, no le permitieron...

—¡Caridad! ¿Qué haces ahí parada, mujer?

Al oír su nombre volvió a la realidad y entre el bullicio reconoció la voz de don Damián, el viejo capellán de *La Reina*, que también había desembarcado. De inmediato dejó caer su hatillo, se destocó y bajó la mirada y la fijó en el raído sombrero de paja que empezó a estrujar entre sus manos.

—No puedes quedarte en el muelle —continuó el sacerdote al tiempo que se acercaba a ella y le tomaba del brazo. El contacto duró un instante; el religioso lo rompió azorado—. Vamos —le instó con cierto nerviosismo—, acompáñame.

Recorrieron la distancia que los separaba de la puerta de Mar: don Damián cargado con un pequeño baúl, Caridad con su hatillo y el sombrero en las manos, sin apartar la mirada de las sandalias del capellán.

—Paso a un hombre de Dios —exigió el sacerdote a los marineros que se apiñaban frente a la puerta.

Poco a poco la multitud fue apartándose para franquearle el paso. Caridad le seguía, arrastrando los pies descalzos, negra como el ébano, cabizbaja. La sencilla camisa larga y grisácea que le servía de vestido, de lienzo grueso y tosco, no conseguía ocultar a una mujer fuerte y bien formada, tan alta como algunos de los marineros que levantaron la mirada para fijarse en su recio pelo negro enortijado, mientras otros la perdían en sus pechos, grandes y firmes, o en sus voluptuosas caderas. El capellán, sin dejar de andar, se limitó a alzar una mano cuando escuchó silbidos, comentarios desvergonzados y alguna que otra atrevida invitación.

—Soy el padre Damián García —se presentó el sacerdote extendiendo sus papeles a uno de los alcaides una vez superada la marinería—, capellán del navío de guerra *La Reina*, de la armada de su majestad.

El alcaide ojeó los documentos.

—¿Vuestra paternidad me permitiría inspeccionar el baúl?

—Efectos personales... —contestó el sacerdote mientras lo abría—, las mercancías se hallan debidamente registradas en los documentos.

El alcaide asintió mientras revolvía en el interior del baúl.

—¿Algún contratiempo en el viaje? —preguntó el oficial sin mirarle, sopesando una barrita de tabaco—. ¿Algún encuentro con naves enemigas o ajenas a la flota?

—Ninguno. Todo como estaba previsto.

El alcaide asintió.

—¿Su esclava? —inquirió señalando a Caridad después de dar por finalizada la inspección—. No consta en los papeles.

—¿Ella? No. Es una mujer libre.

—No lo parece —afirmó el alcaide plantándose delante de Caridad, que aferró todavía más su hatillo y su sombrero de paja—. ¡Mírame, negra! —masculló el oficial—. ¿Qué escondes?

Algunos de los demás oficiales que inspeccionaban a la marinería detuvieron su trabajo y volvieron hacia el alcaide y la mujer que permanecía cabizbaja frente a él. Los marineros que le habían hecho espacio se acercaron.

—Nada. No esconde nada —saltó don Damián.

—Calle, padre. Todos aquellos que no se atreven a mirar al rostro de un alcaide ocultan algo.

—¿Qué va a ocultar esta desgraciada? —insistió el sacerdote—. Caridad, dale tus papeles.

La mujer revolvió en el hatillo en busca de los documentos que le había entregado el escribano de

barco mientras don Damián continuaba hablando.

—Embarcó en La Habana junto a su amo, don José Hidalgo, que pretendía regresar a su tierra antes de morir y que falleció durante la travesía, Dios lo tenga en su gloria.

Caridad entregó sus documentos, arrugados, al alcaide.

—Antes de fallecer —prosiguió don Damián—, como es usual en los buques de su majestad, don José hizo testamento y ordenó la liberación de su esclava Caridad. Ahí tiene la escritura o manumisión que otorgó el escribano de la capitana.

«Caridad Hidalgo —había escrito el escribano tomando el apellido del amo muerto—, también conocida como Cachita; esclava negra del color del ébano toda ella, sana y de fuerte constitución, con pelo negro rizado y aproximadamente de unos veinticinco años de edad.»

—¿Qué llevas en esa bolsa? —preguntó el alcaide tras leer los documentos que acreditaban la libertad de Caridad.

La mujer abrió el hatillo y se lo mostró. Una vieja manta y una chaqueta de bayeta... Todo cuanto poseía, la ropa que el amo le había dado en las últimas temporadas: la chaqueta, del invierno anterior; la manta, dos inviernos atrás. Escondidos entre las prendas llevaba varios cigarros que había conseguido racionar en el barco después de robárselos a don José. «¿Y si los descubren?», temió. El alcaide hizo ademán de inspeccionar el hatillo, pero al ver las ropas viejas torció el gesto.

—Mírame, negra —exigió.

El temblor que recorrió el cuerpo de Caridad se hizo patente para cuantos presenciaban la escena. Nunca había mirado a un hombre blanco cuando se dirigía a ella.

—Está asustada —intercedió don Damián.

—He dicho que me mire.

—Hazlo —le rogó el capellán.

Caridad alzó el rostro, redondeado, de labios gruesos y carnosos, nariz achatada y pequeños ojos pardos que trataron de mirar más allá del alcaide, hacia la ciudad.

El hombre frunció el ceño y buscó infructuosamente la huidiza mirada de la mujer.

—¡El siguiente! —cedió de repente, rompiendo la tensión y originando una avalancha de marineros.

Don Damián, con Caridad pegada a su espalda, cruzó la puerta de Mar, un pasadizo flanqueado por dos torres almenadas, y se internó en la ciudad. Atrás, en el Trocadero, quedaban *La Reina*, el navío de doscientos puentes y más de setenta cañones en el que habían navegado desde La Habana, y los seis mercantes que los que había escoltado con sus bodegas repletas de productos de las Indias: azúcar, tabaco, cacao, jengibre, zarzaparrilla, añil, cochinilla, seda, perlas, carey... plata. La carrera había sido un éxito. En Cádiz los había recibido con repique de campanas. España se hallaba en guerra con Inglaterra; las Flotas de Indias, que hasta hacía algunos años cruzaban el océano fuertemente custodiadas por buques

de la armada real, habían dejado de operar, así que el comercio se desarrolló con los navíos o registro, mercantes particulares que conseguían un permiso real para la travesía. Por ello la llegada de las mercaderías y del tesoro, tan necesario para las arcas de la hacienda española, había despertado en la ciudad un ambiente festivo que se vivía en todos sus rincones.

Al llegar a la calle del Juego de Pelota, dejando atrás la iglesia de Nuestra Señora del Pópulo y la puerta de Mar, don Damián se apartó de las riadas de marineros, soldados y mercaderes, y se detuvo.

—Que Dios te acompañe y te proteja, Caridad —le deseó volviéndose hacia ella tras dejar el baúl en el suelo.

La mujer no respondió. Se había embutido el sombrero de paja hasta las orejas y el capellán fue incapaz de verle los ojos, pero los imaginó fijos en el baúl, o en sus sandalias, o...

—Tengo cosas que hacer, ¿entiendes? —trató de excusarse—. Ve a buscar algún trabajo. Esta es una ciudad muy rica.

Don Damián acompañó sus palabras extendiendo su mano derecha, con la que rozó el antebrazo de Caridad; entonces fue él quien bajó la mirada un segundo. Al alzarla se encontró con los pequeños ojos pardos de Caridad clavados en él, igual que en las noches de travesía, cuando tras la muerte de su amo se había hecho cargo de la esclava y la había escondido de la marinería por orden del capitán. Se le revolvió el estómago. «No la toqué», se repitió por enésima vez. Nunca le había puesto una mano encima, pero Caridad le había mirado con ojos inexpresivos y él... Él no había podido evitar masturbarse por debajo de la ropa ante la visión de aquella hembra esplendorosa.

Tan pronto como falleció don José, se cumplió con el rito del funeral: se rezaron tres responsos y su cadáver fue arrojado por la borda metido en un saco y con dos botijos de agua atados a los pies. Entonces el capitán ordenó que se desmontase aquel camarote y que el escribano asegurase los bienes del difunto. Don José era el único pasajero de la capitana; Caridad, la única mujer a bordo.

—Reverendo —le dijo al capellán luego de dar aquella orden—, le hago responsable de mantener a la negra alejada de la tripulación.

—Pero yo... —intentó oponerse don Damián.

—Aunque no sea suya, puede aprovechar la comida embarcada por el señor Hidalgo y alimentarse con ella —sentenció el oficial tras hacer caso omiso a la protesta.

Don Damián mantuvo a Caridad encerrada en su diminuto camarote, donde solo había lugar para una hamaca que colgaba de lado a lado y que durante el día recogía y enrollaba. La mujer dormía en el suelo, a sus pies, bajo la hamaca. Las primeras noches, el capellán se refugió en la lectura de los libros sagrados, pero poco a poco su mirada fue siguiendo los rayos del candil que, como si tuviera voluntad propia, parecían desviarse de las hojas de sus pesados tomos para empeñarse en iluminar a la mujer que yacía acurrucada tan cerca de él.

Luchó contra las fantasías que le asaltaban a la vista de las piernas de Caridad cuando escapaba por debajo de la manta con la que se cubría, de sus pechos, subiendo y bajando al ritmo de su

respiración, de sus nalgas. Y sin embargo, casi involuntariamente, empezó a tocarse. Quizá fuera crujir de los maderos de los que colgaba la hamaca, quizá la tensión que vino a acumularse en el reducido espacio, lo cierto fue que Caridad abrió los ojos y toda la luz del candil se centró en él. Don Damián sintió que enrojecía y se quedó quieto un instante, pero su deseo se multiplicó ante la mirada de Caridad, la misma mirada inexpresiva con que ahora recibía sus palabras.

—Hazme caso, Caridad —insistió—. Busca trabajo.

Don Damián cogió el baúl, le dio la espalda y reemprendió su camino.

«¿Por qué me siento culpable?», se preguntó mientras hacía un alto para cambiar de mano el baúl. Podía haberla forzado, se excusó como siempre que le atenazaba la culpa. Solo era una esclava. Quizá... quizá ni siquiera le habría hecho falta recurrir a la violencia. ¿Acaso todas aquellas esclavas negras no eran mujeres disolutas? Don José, su amo, se lo había reconocido en confesión: se acostaba con todas ellas.

—Con Caridad tuve un hijo —le reveló—, igual dos, pero no, no creo; el segundo, aquel muchacho torpe y bobo, era tan oscuro como ella.

—¿Se arrepiente? —le preguntó el sacerdote.

—¿De tener hijos con las negras? —se revolvió el veguero—. Padre, vendía los criollitos en un trapiche cercano propiedad de los curas. Ellos nunca se preocuparon de mi alma pecadora a la hora de comprármelos.

Don Damián se dirigía a la catedral de Santa Cruz, al otro lado de la estrecha lengua de tierra en la que se asentaba la ciudad amurallada cerrando la bahía. Antes de girar una bocacalle, volvió la cabeza y entrevió la figura de Caridad al paso del gentío: se había apartado hasta dar con la espalda en un muro donde permanecía quieta, ajena al mundo.

«Saldrá adelante», se dijo forzando el paso y girando la calle. Cádiz era una ciudad rica en la que podían encontrarse comerciantes y mercaderes de toda Europa y en donde el dinero fluía a espuestas. Era una mujer libre y por tanto debía aprender a vivir en libertad y trabajar. Recorrió un largo trecho cuando llegó a un punto en que las obras de la nueva catedral, cercana a la de Santa Cruz, se divisaban con nitidez, se detuvo. ¿En qué iba a trabajar aquella pobre desgraciada? No sabía hacer nada, aparte de trajinar en una plantación de tabaco, donde había vivido desde los diez años cuando, procedente del reino de los lucumíes, en el golfo de Guinea, los asentistas de esclavos ingleses la habían comprado por cinco míseras varas de tela para revenderla en el ávido y necesitado mercado cubano. Así se lo había contado el propio don José Hidalgo al capellán cuando este se interesó por la razón por la que había elegido para el viaje.

—Es fuerte y deseable —añadió el veguero guiñándole un ojo—. Y al parecer ya no es fértil, lo que siempre es una ventaja una vez fuera de la plantación. Después de dar a luz a aquel niño tonto...

Don José le había explicado también que era viudo y que tenía un hijo licenciado que había hecho carrera en Madrid, adonde se dirigía para vivir sus últimos días. En Cuba poseía una rentab

plantación de tabaco en una vega cerca de La Habana que él mismo trabajaba con la ayuda de una veintena de esclavos. La soledad, la vejez y la presión de los azucareros por obtener tierras para aquella floreciente industria le habían llevado a vender su propiedad y volver a la patria, pero la pesadumbre le atacó a los veinte días de navegación y se cebó con saña en su naturaleza débil y ajada. La fiebre, los edemas, la piel manchada y las encías sangrantes llevaron al médico a desahuciar al paciente.

Entonces, como era obligado en las naves del rey, el capitán de *La Reina* ordenó al escribano que acudiera al camarote de don José para dar fe de sus últimas voluntades.

—Concedo la libertad a mi esclava Caridad —susurró el enfermo después de ordenar un par de mandas piadosas y de disponer de la totalidad de sus bienes a favor de aquel hijo con el que no reencontraría.

La mujer ni siquiera llegó a curvar sus gruesos labios en un amago de satisfacción al saber que era libre, recordó el sacerdote parado en la calle.

«¡No hablaba!» Don Damián recordó sus esfuerzos por oír a Caridad entre los cientos de voces que rezaban en las misas dominicales sobre cubierta, o sus tímidos susurros por las noches, antes de acostarse, cuando la obligaba a rezar. ¿En qué iba a trabajar aquella mujer? El capellán era consciente de que casi todos los esclavos que obtenían la libertad terminaban trabajando para sus antiguos amos por un mísero salario con el que difícilmente llegaban a cubrir unas necesidades que antes, como esclavos, tenían garantizadas, o bien acababan condenados a pedir limosna por las calles, peleándose con miles de mendigos. Y estos habían nacido en España, conocían la tierra y sus gentes, algunos eran espabilados e inteligentes. ¿Cómo podría moverse Caridad en una gran ciudad como Cádiz?

Suspiró y se pasó la mano repetidas veces por el mentón y el escaso cabello que le quedaba. Luego dio media vuelta, resopló al alzar de nuevo el baúl y, con él a cuestas, se dispuso a deshacer el camino andado. «¿Qué hacer ahora?», se preguntó. Podía..., podía mediar para que trabajara en la fábrica de tabaco, de eso sí sabía. «Es muy buena con las hojas; las trata con cariño y dulzura, como del que se hace, y sabe reconocer las mejores y torcer buenos cigarros», le había dicho don José, pero eso significaría pedir favores y que se supiera que él... No podía arriesgarse a que Caridad contara lo del barco. En las galeras de la fábrica trabajaban cerca de doscientas cigarreras que no dejaban de cuchichear y criticar mientras elaboraban los pequeños cigarros gaditanos.

Encontró a Caridad todavía pegada a la pared, quieta, desamparada. Un grupo de mocosos burlaba de ella ante la pasividad de la gente que seguía entrando y saliendo del puerto. Don Damián se acercó justo cuando uno de los muchachos se disponía a lanzarle una pedrada.

—¡Quieto! —gritó.

Un muchacho detuvo su brazo; la joven se destocó y bajó la mirada.

Caridad se alejó del grupo de siete pasajeros que habían embarcado en la nave que iba a remontar

río Guadalquivir hasta Sevilla y, cansada, intentó acomodarse entre el montón de bultos dispuestos a bordo. La nave era una tartana de un solo palo y buen porte que había arribado a Cádiz con un cargamento del preciado aceite de la vega sevillana.

Desde la bahía de Cádiz navegaron en cabotaje hasta Sanlúcar de Barrameda, donde desembarcadora del Guadalquivir. Frente a las costas de Chipiona, junto a otras tartanas y charanga se dispusieron a esperar a la pleamar y vientos propicios para superar la peligrosa barra de Sanlúcar, los temibles bajíos que habían convertido la zona en un cementerio de embarcaciones. Solo cuando coincidían todas las circunstancias precisas para afrontar la barra, los capitanes se atrevían a ella. Luego remontarían el río aprovechando el impulso de la marea, que se dejaba sentir hasta las cercanías de Sevilla.

—Se ha dado el caso de naves que han tenido que esperar hasta cien días para cruzar la barra —decía un marinero que departía con un pasajero lujosamente ataviado, quien de inmediato desvió su mirada preocupada hacia Sanlúcar y sus espectaculares marismas, como si suplicase no correr la misma suerte.

Caridad, sentada entre unos sacos, contra la borda, se dejó llevar por el cabeceo de la tartana. El mar mostraba una calma tensa, la misma que la que se apreciaba en todos los que se hallaban en la nave, igual que la que imperaba en los demás barcos. No solo era la espera, era también el temor a un ataque por parte de ingleses o corsarios. El sol empezó a declinar al tiempo que las aguas tomaban un amenazador color metálico, y las inquietas charlas de tripulantes y pasajeros decayeron hasta reducirse a susurros. La crudeza del invierno se destapó con el ocaso y la humedad caló en Caridad aumentando la sensación de frío. Tenía hambre y estaba cansada. Llevaba puesta su chaqueta, tan gris y descolorida como su vestido, ambos de bayeta basta, en contraste con los demás pasajeros que habían embarcado con ella y que lucían lo que se le antojaron lujosas ropas de vivos colores. Notó que le castañeteaban los dientes y que tenía la piel erizada, así que buscó la manta en el hatillo. Sus dedos rozaron un cigarro y lo palpó con delicadeza recordando su aroma, sus efectos. Lo necesitaba, ansioso por perder los sentidos, olvidar el cansancio, el hambre... y hasta su libertad.

Se arrebujó en la manta. ¿Libre? Don Damián la había subido a aquel barco, el primero que había encontrado dispuesto a partir del puerto de Cádiz.

—Ve a Sevilla —le dijo después de pactar el precio con el capitán y pagarlo de su bolsillo—, Triana. Una vez allí, busca el convento de las Mínimas y di que vas de mi parte.

A Caridad le habría gustado tener el valor de preguntarle qué era Triana o cómo encontraría ese convento, pero él casi la empujó para que embarcara, nervioso, mirando a uno y otro lado, como si temiera que alguien los viera juntos.

Olió el cigarro y su fragancia la transportó a Cuba. Ella solo sabía dónde estaba su bohío, y la plantación, y el trapiche al que acudía cada domingo con los demás esclavos para escuchar misa y después cantar y bailar hasta la extenuación. Del bohío a la plantación y de la plantación al bohío, y

día tras otro, un mes tras otro, un año tras otro. ¿Cómo iba a encontrar un convento? Se acurrucó contra la borda y presionó la espalda contra la madera en busca del contacto con una realidad que había desaparecido. ¿Quiénes eran esos extraños? ¿Y Marcelo? ¿Qué habría sido de él? ¿Cómo estar su amiga María, la mulata con la que hacía los coros? ¿Y los demás? ¿Qué hacía de noche en un barco extraño, en un país desconocido, camino a una ciudad que ni siquiera sabía que existía? ¿Triana? Nunca había osado preguntar nada a los blancos. ¡Ella siempre sabía qué tenía que hacer! Nunca necesitaba preguntar.

Al recuerdo de Marcelo se le humedecieron los ojos. Tanteó en su hatillo en busca del pedernal, el eslabón y la yesca para hacer fuego. ¿La dejarían fumar? En la vega podía hacerlo, era algo habitual. Había llorado a Marcelo durante la travesía. Incluso..., incluso había sentido la tentación de lanzarlo al mar para poner fin a aquel constante sufrimiento. «¡Aparta de ahí, morena! ¿Quieres caerte al agua?», le advirtió uno de los marineros. Y ella obedeció y se separó de la borda.

¿Habría tenido valor para arrojarse si no hubiera aparecido aquel marinero? No quiso darle vuelta una vez más; en lugar de eso, observó a los hombres de la tartana: se los veía nerviosos. La pleamar había empezado pero los vientos no acompañaban. Algunos fumaban. Golpeó con destreza el eslabón sobre el pedernal y la yesca no tardó en prender. ¿Dónde encontraría los árboles con cuya corteza los hongos fabricaba la yesca? Encendió el cigarro, aspiró profundamente y pensó que tampoco sabía dónde podría conseguir tabaco. La primera chupada tranquilizó su mente. Las dos siguientes consiguieron que sus músculos se relajasen y cayó en un tenue mareo.

—Morena, ¿me invitas a fumar?

Un grumete se había acuclillado frente a ella, tenía el rostro sucio pero vivaz y agradable. Durante unos instantes Caridad se dejó mecer por la sonrisa con la que el muchacho esperaba su respuesta. Solo vio sus dientes blancos, iguales que los de Marcelo cuando se arrojaba en sus brazos. Había tenido otro hijo, un criollito mulato nacido del amo, pero don José lo vendió tan pronto como dejó de necesitar los cuidados del par de viejas que se ocupaban de los hijos de las esclavas mientras estas trabajaban. Todos seguían el mismo camino: el amo no quería mantener negritos. Marcelo, su segundo hijo, concebido con un negro del trapiche, había sido diferente: un parto difícil; un niño con problemas. «Nadie lo comprará», afirmó el amo cuando, ya criado, se manifestaron su torpeza y sus deficiencias. Se le consintió quedarse en la plantación como si fuera un simple perro, una gallina o alguno de los cerdos que criaban tras el bohío. «Morirá», auguraban todos. Pero Caridad no permitió que eso sucediera, muchos fueron los palos y latigazos que se llevó cuando la descubrían alimentándolo. «Te damos de comer para que trabajes, no para que críes a un imbécil», le repetía el capataz.

—Morena, ¿me invitas a fumar? —insistió el grumete.

«¿Por qué no?», se preguntó Caridad. Era la misma sonrisa que la de su Marcelo. Le ofreció el cigarro.

—¡Vaya! ¿De dónde has sacado esta maravilla? —exclamó el niño después de probarlo y toser—
¿De Cuba?

—Sí —se escuchó decir Caridad mientras volvía a coger el cigarro y se lo llevaba a los labios.

—¿Cómo te llamas?

—Caridad —contestó ella entre una vaharada de humo.

—Me gusta tu sombrero.

El chico se movía inquieto sobre las piernas. Esperaba otra calada que al fin llegó.

—¡Ya sopla!

El grito del capitán de la tartana rompió la quietud. Desde las demás naves se escucharon exclamaciones similares. Soplaban viento del sur, idóneo para afrontar la barra. El grumete le devolvió el cigarro y corrió a unirse a los otros marineros.

—Gracias, morena —le dijo apresuradamente.

A diferencia de los demás pasajeros, Caridad no presenció la difícil maniobra náutica que requería tres cambios de rumbo en el estrecho canal. A lo largo de la desembocadura del Guadalquivir, en tierra o en las barcazas que se hallaban amarradas en sus orillas, se encendieron señales luminosas para guiar a los barcos. Tampoco vivió la tensión con la que todos afrontaron la travesía: si el viento amainaba y se quedaban a mitad de camino, existían muchas posibilidades de embarrancar. Permaneció sentada contra la borda, fumando, disfrutando de un placentero cosquilleo en todos sus músculos y dejando que el tabaco nublara sus sentidos. En el momento en que la tartana se introdujo en el temible canal de los Ingleses, con la torre de San Jacinto iluminando su rumbo por babordo, Caridad empezó a canturrear al compás del recuerdo de sus fiestas dominicales, cuando después de celebrar la misa en el cercano ingenio azucarero que disponía de sacerdote, los esclavos de las diversas negradas se reunían en el barracón de la plantación a la que habían acudido con sus amos. Allí los blancos les permitían cantar y bailar, como si fueran niños que necesitaran desahogarse y olvidar la dureza de sus trabajos. Pero en cada son y en cada paso de danza, cuando hablaban los tambores «batás» —la madre de todos ellos, el gran tambor «iyá», el «itótele» o el más pequeño, «okónkolo»—, los negros rendían culto a sus dioses, enmascarados en las vírgenes y los santos cristianos, y recordaban con nostalgia sus orígenes en África.

Continuó canturreando, ajena a las imperiosas órdenes del capitán y al correteo y trajinar de la tripulación, y lo hizo igual que cuando dormía a Marcelo. Creyó volver a tocar su cabello, a escuchar su respiración, a olerlo... Lanzó un beso al aire. El niño había sobrevivido. Continuó recibiendo gritos y bofetadas del amo y del capataz pero se ganó el afecto de la negrada de la plantación. ¡Siempre sonreía! Y era dulce y cariñoso con todos. Marcelo no entendía de esclavos ni de amos. Vivía libre, y en ocasiones miraba a los ojos a los esclavos como si comprendiera su dolor y los animara a liberarse de sus cadenas. Algunos sonreían a Marcelo con tristeza, otros lloraban ante su inocencia.

Caridad chupó con fuerza del cigarro. Estaría bien cuidado, no tenía duda. María, la de los coros,

ocuparía de él. Y Cecilio también, aunque se hubiera visto obligado a separarlo de ella... Todo
aquellos esclavos que habían sido vendidos junto a las tierras cuidarían de él. Y su niño sería feliz, I
presentía. Pero el amo... «Ojalá su alma vague sin descanso eternamente, don José», deseó Caridad.

El barrio sevillano de Triana estaba al otro lado del río Guadalquivir, fuera de las murallas de la ciudad. Se comunicaba con la ciudad a través de un viejo puente musulmán construido sobre diecisiete barcazas ancladas al lecho del río y unidas a dos gruesas cadenas de hierro y varios cables tendidos de orilla a orilla. Aquel arrabal, al que se había bautizado como «guarda de Sevilla» por la función defensiva que siempre había tenido, alcanzó su época de esplendor cuando Sevilla monopolizaba el comercio con las Indias; los problemas de navegación por el río aconsejaron a principios de siglo trasladar la Casa de Contratación a Cádiz y conllevaron un considerable descenso en su población y el abandono de numerosos edificios. Sus diez mil vecinos se concentraban en una limitada superficie de forma alargada en la orilla derecha del río, que se cerraba en su otro linde por la Cava, el antiguo foso que en épocas de guerra constituía la primera defensa de la ciudad y que se inundaba con las aguas del Guadalquivir para convertir el arrabal en una isla. Más allá de la Cava se veían algunos esporádicos conventos, ermitas, casas, y la extensa y fértil vega trianera.

Uno de esos conventos, en la Cava Nueva, era el de Nuestra Señora de la Salud, de monjas mínimas, una humilde congregación de religiosas dedicada a la contemplación y a la oración a través del silencio y la vida cuaresmal. A espaldas de las Mínimas, hacia la calle de San Jacinto, en el pequeño callejón sin salida de San Miguel, se apiñaban trece corrales de vecinos en los que a su vez hacinaban cerca de veinticinco familias. Veintiuna de ellas eran gitanas, compuestas por abuelos, hijos, tías, primos, sobrinas, nietos y algún biznieto; las veintiuna se dedicaban a la forja. Existían otras herrerías en el arrabal de Triana, la mayoría en manos gitanas, las mismas manos que ya en India o en las montañas de Armenia, siglos antes de emigrar a Europa, habían convertido su oficio en arte. Sin embargo, San Miguel era el centro neurálgico de la herrería y la calderería trianeras. A lo largo del callejón se abrían los antiguos corrales de vecinos construidos durante la época de esplendor del arrabal en el siglo XVI: algunos no eran más que simples callejones ciegos de míseras casitas alineadas y enfrentadas de uno o dos pisos; otros eran edificios, a menudo intrincados, de dos y tres pisos dispuestos alrededor de un patio central, cuyas plantas superiores se abrían a él a través de corredores altos y barandillas de hierro forjado o madera. Todos, casi sin excepción, ofrecían humildes viviendas de una o como mucho dos habitaciones, en una de las cuales, cuando no estaba en el propio patio o callejuela como servicio común a todos los vecinos del corral, había un pequeño nicho para cocinar con carbón. Las piletas para lavar y las letrinas, si las había, estaban emplazadas en el patio,

disposición de todos ellos.

A diferencia de los otros corrales sevillanos ocupados durante el día solo por las mujeres y los niños que jugaban en los patios, los de los herreros trianeros lo estaban durante toda la jornada laboral, pues tenían instaladas sus fraguas en los bajos. El constante repique del martillo sobre el yunque escapaba de cada una de las herrerías y se unía en la calle en una extraña algarabía metálica; el humo del carbón de las fraguas, que a menudo salía por los patios de los corrales de vecinos o por las mismas puertas de aquellos modestos talleres sin chimeneas, era visible desde cualquier punto de Triana. Y a lo largo del callejón, envueltos en la algarabía y el humo, hombres, mujeres y niños iban y venían, jugaban, reían, charlaban, gritaban o discutían. Con todo y pese al tumulto, muchos de ellos enmudecían y se detenían con los sentimientos a flor de piel a las puertas de esas fraguas. A veces se distinguía a un padre que retenía a su hijo por los hombros, a un anciano con los ojos entrecerrados o a varias mujeres que reprimían un paso de baile al escuchar los sonos del martinete: un canto triste solo acompañado por el monótono golpear del martillo a cuyo ritmo se acompasaba; un cante propio que les había seguido en todos los tiempos y lugares. Entonces, por obra de los «quejíos» de los herreros, el martilleo se convertía en una maravillosa sinfonía capaz de erizar el vello.

Aquel 2 de febrero de 1748, festividad de la Purificación de Nuestra Señora, los gitanos no trabajaban en sus herrerías. Pocos de ellos acudirían a la iglesia de San Jacinto y de la Virgen de Candelaria a bendecir las velas con las que iluminaban sus hogares, pero a pesar de ello tampoco deseaban problemas con los piadosos vecinos de Triana y menos con sacerdotes, frailes e inquisidores. Se trataba de un día de asueto obligado.

—Guarda a la muchacha de los deseos de los payos —advirtió una voz ronca.

Las palabras, en caló, el lenguaje gitano, resonaron en el patio que daba al callejón. Madre e hijo detuvieron sus pasos. Ninguna de ellas mostró sorpresa, aunque no sabían de dónde provenía la voz. Recorrieron el patio con la mirada hasta que Milagros distinguió en la penumbra de una esquina un reflejo plateado de la botonadura de la chaquetilla corta azul celeste de su abuelo. Se hallaba en pie, erguido y quieto, con el ceño fruncido y la mirada perdida, como era habitual en él; había hablado sin dejar de morder un pequeño cigarro apagado. La muchacha, de catorce esplendorosos años, le sonrió y giró sobre sí misma con gracia; su larga falda azul y sus enaguas, sus pañuelos verdes, revolotearon en el aire entre el tintineo de varios collares que le colgaban del cuello.

—En Triana todos saben que soy su nieta. —Rió. Los dientes blancos contrastaron con la tez oscura, igual que la de su madre, igual que la de su abuelo—. ¿Quién se atrevería?

—La lujuria es ciega y osada, niña. Son muchos los que arriesgarían su vida por tenerte. Yo solo podría vengarte y no habría sangre suficiente con que remediar ese dolor. Recuérdaselo siempre —añadió dirigiéndose a la madre.

—Sí, padre —respondió esta.

Ambas esperaron una palabra de despedida, un gesto, una seña, pero el gitano, hierático en

esquina, no añadió nada más. Al final, Ana tomó a su hija del brazo y abandonaron la casa. Era un mañana fría. El cielo estaba encapotado y amenazaba lluvia, lo que no parecía ser impedimento para que las gentes de Triana se dirigiesen a San Jacinto a celebrar la bendición de las candelas. También eran muchos los sevillanos que querían sumarse a la ceremonia y, con sus cirios a cuestas, cruzaban el puente de barcas o salvaban el Guadalquivir a bordo de alguna de las más de veinte barcas dedicadas a pasar gente de una orilla a la otra. El gentío prometía un día provechoso, pensó Ana antes de recordar los temores de su padre. Volvió la cabeza hacia Milagros y la vio andar erguida, arrogante, atenta a todo y a todos. «Como corresponde a una gitana de raza», reconoció entonces, sin poder evitar una mueca de satisfacción. ¿Cómo no iban a fijarse en su niña? Su abundante pelo castaño le caía por la espalda hasta mezclarse con los largos flecos verdes del pañuelo que llevaba sobre los hombros. Aquella y allá, entre el cabello, una cinta de color o una perla; grandes aros de plata colgaban de sus orejas, collares de cuentas o de plata saltaban sobre sus pechos jóvenes, presos en el amplio y atrevido escote de su camisa blanca. La falda azul se ceñía a su delicado talle y llegaba casi hasta el suelo, sobre el que aparecían y desaparecían sus pies descalzos. Un hombre la miró de reojo. Milagros se percató al instante, felina, y volvió el rostro hacia él; las cinceladas facciones de la muchacha se suavizaron y sus pobladas cejas parecieron arquearse en una sonrisa. «Empezamos el día», se dijo la madre.

—¿Te digo la buenaventura, mocetón?

El hombre, fuerte, hizo ademán de seguir su camino, pero Milagros le sonrió abiertamente y se acercó a él, tanto que sus pechos casi le rozaron.

—Veo una mujer que te desea —añadió la gitana, mirándole fijamente a los ojos.

Ana llegó a la altura de su hija a tiempo de escuchar sus últimas palabras. Una mujer... ¿Qué mujer podía desear un individuo como aquel, grande y sano pero evidentemente solo, que portaba en sus manos una pequeña vela? El hombre titubeó unos segundos antes de fijarse en la otra gitana que se había acercado: mayor, pero tan atractiva y altiva como la muchacha.

—¿No quieres saber más? —Milagros recuperó la atención del hombre al tiempo que profundizaba en unos ojos en los que ya había advertido interés. Intentó coger su mano—. Tú también deseas a esa mujer, ¿verdad?

La gitana notó que su presa empezaba a ceder. Madre e hija, en silencio, coincidieron: trabajo fácil. Concluyeron ambas. Un carácter apocado y tímido —el hombre había tratado de esconder su mirada— metido en un corpachón. Seguro que había alguna mujer, siempre la había. Solo debían animarla a insistir en que venciera esa vergüenza que le reprimía.

Milagros estuvo brillante, convincente: recorrió con el dedo las líneas de la palma de la mano del hombre como si efectivamente le anunciaran el futuro de aquel ingenuo. Su madre la contemplaba entre orgullosa y divertida. Obtuvieron un par de cuartos de cobre por sus consejos. Luego Ana intentó venderle algún cigarro de contrabando.

—A la mitad del precio de los estancos de Sevilla —le ofreció—. Si no quieres cigarros, también

tengo polvo de tabaco, de la mejor calidad, limpio, sin tierra. —Trató de convencerle abriéndose mantilla con que se cubría para mostrarle la mercancía que llevaba escondida, pero el hombre limitó a esbozar una sonrisa boba, como si mentalmente ya estuviera cortejando a aquella a la que nunca se había atrevido a dirigir la palabra.

Durante todo el día madre e hija se movieron entre la multitud que se desplazaba desde el Altozano por los alrededores del castillo de la Inquisición y la iglesia de San Jacinto, todavía en construcción sobre la antigua ermita de la Candelaria, diciendo la buenaventura y vendiendo tabaco, siempre atentas a los justicias y a las gitanas que hurtaban a los desprevenidos, muchas de ellas pertenecientes a su propia familia. Ella y su hija no necesitaban correr esos riesgos, y no deseaban verse envueltas en alguno de los muchos altercados que se producían cuando pillaban a alguna: el tabaco ya les proporcionaba suficientes beneficios.

Por eso trataron de separarse de la gente cuando fray Joaquín, de la Orden de Predicadores, inició su sermón a cielo abierto delante de lo que con el tiempo sería el portalón de la futura iglesia. En ese momento, los piadosos sevillanos apiñados en la explanada no estaban para buenaventuras o tabaco; muchos de ellos habían acudido a Triana para escuchar otra de las controvertidas prédicas de aquel joven dominico, hijo de una época en que la sensatez trataba de abrirse paso entre las tinieblas de la ignorancia. Desde el improvisado púlpito, fuera del templo, iba más allá de las ideas de fray Benito Jerónimo Feijoo; fray Joaquín, en voz alta, en castellano y sin utilizar latinajos, zahería los atávicos prejuicios de los españoles y soliviantaba a las gentes defendiendo la virtud del trabajo, incluso el mecánico o artesano, en contra del malentendido concepto de honor que impelía a los españoles a la holgazanería y ociosidad; excitaba el orgullo en las mujeres oponiéndose a la educación conventual sosteniendo su nuevo papel en la sociedad y en la familia; afirmaba su derecho a la educación y a su legítima aspiración a un desarrollo intelectual en bien de la civilidad del reino. La mujer no era ya un siervo del hombre, y tampoco podía ser considerada un varón imperfecto. ¡No era maligna por naturaleza! El matrimonio debía fundamentarse en la igualdad y en el respeto. En nuestro siglo sostenía fray Joaquín citando a grandes pensadores, el alma había dejado de tener sexo: no era varón ni hembra. Las gentes se apiñaban para escucharlo y era entonces, Ana y Milagros lo sabían, cuando las gitanas aprovechaban el embeleso de la gente para hurtar de sus bolsas.

Se acercaron cuanto pudieron al lugar desde el que fray Joaquín se dirigía a la multitud. Les acompañaban los poco más de veinte frailes predicadores que vivían en el convento de San Jacinto. Muchos de ellos alzaban de tanto en tanto el rostro hacia el cielo plomizo que, por fortuna, se resistía a descargar el agua; la lluvia hubiera dado al traste con la celebración.

—¡Yo soy la luz del mundo! —gritaba fray Joaquín para hacerse oír—. Eso fue lo que nos anunció Nuestro Señor Jesucristo. ¡Él es nuestra luz!, una luz presente en todas estas velas que portáis y que deben alumbrar...

Milagros no escuchaba el sermón. Fijó la mirada en el fraile, que al poco descubrió a madre e hijo.

cerca de él. Los vestidos coloridos de las gitanas destacaban entre la concurrencia. Fray Joaquín vaciló; durante un instante sus palabras perdieron fluidez y sus gestos dejaron de captar la atención de los fieles. Milagros notó cómo se esforzaba por no mirarla, sin conseguirlo; al contrario, en algún momento no pudo evitar detener sus ojos en ella un segundo de más. En una de esas ocasiones, la muchacha le guiñó un ojo y fray Joaquín tartamudeó; en otra, Milagros le sacó la lengua.

—¡Niña! —la regañó su madre tras propinarle un codazo. Ana hizo un gesto de disculpa al fraile.

El sermón, como deseaba la multitud, se alargó. Fray Joaquín, libre del asedio de Milagros, logró lucirse una vez más. Cuando acabó, los fieles encendieron sus velas en la hoguera que los frailes habían dispuesto. La gente se dispersó y las dos mujeres volvieron a sus trapicheos.

—¿Qué pretendías? —inquirió la madre.

—Me gusta... —contestó Milagros, haciendo un gesto coqueto con las manos—, me gusta que equivoque, que tartamudee, que se ruborice.

—¿Por qué? Es un cura.

La muchacha pareció pensar un instante.

—No sé —respondió mientras se encogía de hombros y dedicaba un simpático mohín a su madre.

—Fray Joaquín respeta a tu abuelo y por lo tanto te respetará a ti, pero no juegues con los hombres... aunque sean religiosos —terminó advirtiéndole la madre.

Como era de esperar, la jornada fue fructífera y Ana terminó con las existencias de tabaco o contrabando que ocultaba entre sus ropas. Los sevillanos empezaron a cruzar el puente o a coger las barcas de regreso a la ciudad. Todavía podrían haber echado algunas buenaventuras más, pero la cada vez más escasa concurrencia puso de manifiesto la gran cantidad de gitanas, algunas ancianas ajadas y otras jóvenes, muchos niños y niñas harapientos y semidesnudos, que estaban haciendo lo mismo. Ana y Milagros reconocieron a las mujeres del callejón de San Miguel, parientes de los herreros, pero también a bastantes de aquellas que vivían en las miserables chozas emplazadas junto al huerto de Cartuja, ya en la vega de Triana y que, por obtener una limosna, acosaban con terquedad a los ciudadanos, se interponían en su camino y les agarraban de la ropa mientras clamaban a gritos a Dios en el que no creían e invocaban a una retahíla de mártires y santos que llevaban aprendida de memoria.

—Creo que está bien por hoy, Milagros —anunció su madre después de apartarse de la carrera de una pareja que huía de un grupo de pedigüeñas.

Un mocoso de cara sucia y ojos negros que perseguía a los sevillanos fue a chocar contra ella invocando aún las virtudes de santa Rufina.

—Toma —le dijo Ana entregándole un cuarto de cobre.

Emprendieron el regreso a casa al tiempo que la madre del gitanillo exigía a este la moneda.

callejón hervía. Había sido un buen día para todos; las fiestas religiosas enternecían a la gente. Grupos de hombres charlaban a las puertas de las casas bebiendo vino, fumando y jugando a las cartas. Una mujer se acercó a su marido para enseñarle sus ganancias y se entabló entre ellos una discusión cuando él trató de quedárselas. Milagros se despidió de su madre y se unió a un grupo de muchachas. Ana tenía que pasar las cuentas del tabaco con su padre. Lo buscó entre los hombres. No lo encontró.

—¿Padre? —gritó tras acceder al patio de la casa en la que vivían.

—No está.

Ana se volvió y se encontró con José, su esposo, bajo el quicio de la puerta.

—¿Dónde está?

José se encogió de hombros y abrió una de sus manos; en la otra llevaba una jarra de vino. Sus ojos chispeaban.

—Ha desaparecido poco después de que lo hicierais vosotras. Habrá ido a la gitanería de la huerfana de la Cartuja a ver a sus parientes, como siempre.

Ana negó con la cabeza. ¿Estaría efectivamente en la gitanería? Algunas veces había ido a buscarlo allí y no lo había encontrado. ¿Volvería esa noche o lo haría al cabo de algunos días, como tantas otras veces? ¿Y en qué estado?

Suspiró.

—Siempre vuelve —espetó entonces José con sarcasmo.

Su esposa se irguió, endureció la expresión y frunció el ceño.

—No te metas con él —masculló amenazante—. Te lo he advertido en muchas ocasiones.

El hombre se limitó a torcer el gesto y le dio la espalda.

Acostumbraba a volver, sí; José tenía razón, pero ¿qué hacía durante sus escapadas cuando no iba a la gitanería? Nunca lo contaba, y en cuanto ella insistía, él se refugiaba en aquel insondable mundo suyo. ¡Qué diferencia con el padre de su niñez! Ana lo recordaba orgulloso, altivo, indestructible, una figura en la que siempre encontraba refugio. Luego, por entonces ella contaría unos diez años, detuvo la «ronda del tabaco», los justicias que vigilaban el contrabando. Solo fueron unas libras de tabaco en hoja y era la primera vez que lo pillaban; debería haber sido una pena menor, pero Melchor Vega era gitano y lo habían detenido fuera de aquellas poblaciones en las que el rey había determinado que debían vivir los de su raza; vestía como gitano, con prendas tan costosas como llamativas, cargadas todas ellas de abalorios de metal o plata; portaba su bastón, su navaja, sus pendientes en las orejas y, además, varios testigos aseguraron que le habían oído hablar en caló. Todo aquello estaba prohibido, más incluso que burlar impuestos a la hacienda real. Diez años de galeras. Esa fue la condena que se le impuso al gitano.

Ana sintió cómo se le encogía el estómago al recuerdo del calvario que vivió con su madre durante el juicio y, sobre todo, durante los casi cuatro años desde que se dictó la primera sentencia hasta que efectivamente llevaron a su padre al Puerto de Santa María para embarcarlo en una de las galeras.

reales. Su madre no había cejado en el empeño un solo día, una sola hora, un solo minuto. Aquello costó la vida. Se le humedecieron los ojos, como siempre que revivía esos momentos. La volvió a ver pidiendo clemencia, humillada, suplicando un indulto a jueces, funcionarios y visitantes de cárceles. Imploraron la intercesión de curas y frailes, decenas de ellos que les negaban hasta el saludo. Empeñaron lo que no tenían..., robaron, estafaron y engañaron para pagar a escribanos y abogados. Dejaron de comer para poder llevar un mendrugo de pan a la cárcel en la que su padre esperaba, como tantos otros, a que terminara su proceso y le dieran destino. Había quien, durante aquella terrible espera, se amputaba una mano, hasta un brazo, para no ir a galeras y enfrentarse a una muerte lenta y segura, dolorosa y miserable, destino de la mayoría de los galeotes permanentemente aherrojados a los bancos de las naves.

Pero Melchor Vega superó la tortura. Ana se secó los ojos con la manga de su camisa. Sí, había sobrevivido. Y un día, cuando ya nadie lo esperaba, reapareció en Triana, consumido, desharrapado, roto, destrozado, arrastrando los pies pero con su altivez intacta. Nunca volvió a ser aquel padre que se revolvió el cabello cuando acudía a él tras algún altercado infantil. Eso era lo que hacía: revolverle el cabello para luego mirarla con ternura recordándole en silencio quién era ella, una Vega, ¡una gitana! Era lo único que parecía importar en el mundo. El mismo orgullo de raza que Melchor había tratado de inculcar a su nieta Milagros. Poco después de su regreso, cuando la niña contaba solo unos meses de vida, su padre esperaba que Ana concibiera un varón. «¿Para cuándo el niño?», se interesaba una vez más. José, su esposo, también se lo preguntaba con insistencia: «¿Ya estás preñada?». Parecía que todo el callejón de San Miguel deseara un varón. La madre de José, sus tías, sus primas..., ¡incluso las mujeres Vega de la gitanería! Todas la asediaban, pero no pudo ser.

Ana volvió la cabeza hacia el lugar por el que había desaparecido José después de su breve intercambio de palabras sobre Melchor. Al contrario que su padre, su esposo no había sido capaz de sobreponerse a lo que para él constituía un fracaso, un escarnio, y el escaso cariño y respeto que había reinado en un matrimonio pactado entre ambas familias, los Vega y los Carmona, fue desapareciendo hasta ser sustituido por un rencor latente que se mostraba en la aspereza del trato que se dispensaba. Melchor volcó todo su cariño en Milagros, y, una vez se hubo resignado a no tener un varón, también lo hizo José. Ana se convirtió en testigo de la pugna de los dos hombres, siempre del lado de su padre al que quería y respetaba más que a su esposo.

Había anochecido, ¿qué estaría haciendo Melchor?

El rasgueo de una guitarra la devolvió a la realidad. A su espalda, en el callejón, oyó el ruido del correteo de la gente, del arrastrar las sillas y los bancos.

—¡Fiesta! —anunció a gritos la voz de un niño.

Otra guitarra se sumó a la primera tentando las notas. Al poco se escuchó el repiqueteo hueco de unas castañuelas, y otras y otras, y hasta el de algún viejo crótalo de metal, preparándose, sin orden ni armonía, como si pretendieran despertar aquellos dedos que más tarde acompañarían bailes

canciones. Más guitarras. Una mujer aclaró su garanta; voz de anciana, quebrada. Una pandereta. Así pensó en su padre y en lo mucho que le gustaban los bailes. «Siempre vuelve», trató de convencer entonces. ¿Acaso no era cierto? ¡Él también era un Vega!

Cuando salió al callejón, los gitanos se habían dispuesto en círculo alrededor de un fuego.

—¡Vamos allá! —animó un viejo sentado en una silla frente a la hoguera.

Todos los instrumentos callaron. Una sola guitarra, en manos de un joven de tez casi negra y coleta prieta, atacó los primeros compases de un fandango.

El grumete a quien había invitado a tabaco la acompañó. Atracaron en un embarcadero de Triana pasado el puerto de camaroneros, para descargar unas mercancías con destino al arrabal.

—Aquí te bajas tú, morena —le ordenó el capitán de la tartana.

El niño sonrió a Caridad. Habían fumado un par de veces más durante la travesía. Debido al efecto del tabaco, Caridad incluso había llegado a contestar con algún apocado monosílabo a todas las cuestiones que le planteó el muchacho, rumores que circulaban por el puerto sobre esa tierra lejana de Cuba. ¿Era cierta la riqueza de la que se hablaba? ¿Había muchos ingenios de azúcar? Y esclavos ¿eran tantos como se decía?

—Algún día viajaré en uno de esos grandes barcos —aseguraba él dejando volar la imaginación— ¡Y seré el capitán! Cruzaré el océano y conoceré Cuba.

Atracada la tartana, Caridad, igual que había sucedido en Cádiz, se detuvo y dudó en la estrechísima franja de terreno que se abría entre la orilla del río y la primera línea de edificios de Triana, algunos de ellos con los cimientos al descubierto por la acción de las aguas del Guadalquivir, tal era su proximidad. Uno de los porteadores le gritó que se apartara para descargar un gran saco. El grito captó la atención del capitán, que negó con la cabeza desde la borda. Su mirada se cruzó con la del grumete también pendiente de Caridad; ambos conocían su destino.

—Tienes cinco minutos —le concedió a este.

El chico agradeció el permiso con una sonrisa, saltó a tierra y tiró de Caridad.

—Corre. Sígueme —la apremió. Era consciente de que el capitán le dejaría en tierra si no apresuraba.

Superaron la primera línea de edificios y llegaron hasta la iglesia de Santa Ana; siguieron alejándose del río dos manzanas más, el grumete nervioso, tirando de Caridad, sorteando a la gente que los observaba extrañada, hasta situarse delante de la Cava.

—Esas son las Mínimas —indicó el muchacho señalando un edificio en el margen opuesto de la Cava.

Caridad miró en la dirección que señalaba el dedo del grumete: un edificio bajo, encalado, con una iglesia humilde; luego dirigió la mirada al antiguo foso defensivo que se interponía en su camino.

- [**The Annotated Peter Pan \(The Centennial Edition\) \(The Annotated Books\) book**](#)
- [click Men Without Women](#)
- [download Understanding Arguments: An Introduction to Informal Logic \(8th Edition\) online](#)
- [download The Vietnam Reader: The Definitive Collection of Fiction and Nonfiction on the War](#)

- <http://weddingcellist.com/lib/The-Forever-Girl.pdf>
- <http://monkeybubblemedia.com/lib/Anxious-Decades--America-in-Prosperity-and-Depression--1920-1941.pdf>
- <http://www.netc-bd.com/ebooks/BRS-Biochemistry--Molecular-Biology----Genetics--Board-Review-Series---6th-Edition-.pdf>
- <http://junkrobots.com/ebooks/The-Vietnam-Reader--The-Definitive-Collection-of-Fiction-and-Nonfiction-on-the-War.pdf>